

## Noel Guzmán Bofill Rojas

Artista ha seguido un fascinante itinerario creativo dentro del arte cubano actual. Se siente vivir en un momento crítico de la cultura mundial, solo que al imaginarse a sí mismo como un creador infinito asume las inocencias y estratagemas (no solo simbólicas) del arte.

Currículo

Artículos y comentarios

Galería

Currículo

Nació el 4 de agosto de 1954, en Remedios, Villa Clara. Autodidacta, pintor, dibujante, muralista, escritor, poeta, humorista y folclorista. Combatió como soldado internacionalista en la República Popular de Angola. Es considerado por críticos y estudiosos toda una figura entre los artistas «primitivos» cubanos. Formó parte del grupo Signos y del Consejo de redacción de su revista, fundados y dirigidos por Samuel Feijóo, al que considera su maestro. Fue miembro de la Asociación Nacional Hermanos Saíz y hoy pertenece a la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba). También fue admitido en la Cátedra de la Cultura Cubana Juan Marinillo, de la Universidad Central de Las Villas «Marta Abreu». Ha estado afiliado a la Asociación Nacional de Humoristas de Cuba, a la Asociación Cubana de Autores Musicales, y a la Asociación Nacional del Tango.

Ha realizado más de cien exposiciones personales y colectivas en Cuba y en el extranjero. Ha participado en ferias intencionales de arte ¿Feria ARE BA de Buenos Aires (Argentina, 1996-1998), como parte de la muestra de la Galería «Catálogo» de la UNEAC?. Obras suyas forman parte de colecciones privadas en Cuba, Argentina, Brasil, Bolivia, Canadá, Bélgica, Costa Rica, Chipre, Chile, Ecuador, España, EE.UU., Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Japón, México, Perú, Suiza, Suecia, Venezuela, etc. Sus cuadros integran colecciones permanentes, de importantes instituciones cubanas tales como el Museo Nacional de Bellas Artes, el Centro Wilfredo Lam, la Colección Haydee Santamaría de la Casa de las Américas, entre otras. En el edificio de arte cubano del Museo Nacional de Bellas Artes, específicamente en la sala dedicada a la década de 1980 se exhibe su obra Las profecías de Ezequiel.

Son muchas las personalidades que han recibido en posesión sus obras plásticas, sus poemas y producciones literarias, entre ellas: Fidel Castro Ruz, Juan Pablo II, el Rey de España Juan Carlos I, Juan Rulfo, Juan Almeida Bosque, Enrique Acevedo González, José Murillo (Pepe), Teresa de Anchorena, Ramón Castro Ruz, Rafael Alberti, Augusto Roa Bastos, Ernesto Sábato, Gianni Miná, John Parker, John Lee Anderson, John Wallace, Michell Bird, Roberto Fernández Retamar, Miguel Barceló, Gerald Mouial, Alicia Alonso, Viengsay Valdés, Cintio Vitier, Vilma Espín, Samuel Feijóo, Roberto Fabelo, Nelson Domínguez, Pedro Pablo Oliva, Eusebio Leal Spengler, Arturo Montoto, Miguel Martín Farto, Orlando Hernández, David Mateo, Abel Prieto Jiménez, Rigoberto MENA, Carlos Lechuga, Eduardo Galeano, Marta Minujín, Luis Felipe Noé, María Luisa Lobos, Toni Piñera, etc.

Obras suyas se encuentran en las embajadas de Cuba en Argentina y Chipre. Bofill ha obtenido innumerables premios y menciones, en Cuba (desde el nivel municipal hasta el nacional), y el extranjero (Argentina, Primer Premio del 4to Salón MERCOSUR, Premio Juanito Laguna 1999; Segundo Lugar en pintura Naif del 7mo Salón MERCOSUR Internacional, Premio Padre Castañeda, 2002).

Expuso el 5 de agosto de 2009 en Paraguay recorriendo distintas provincias. Entre 2010 y 2011 visita en Bolivia el municipio Santa Cruz de la Sierra.

Artículos y comentarios

Yo soy una catedral

Por: Alberto Quevedo

Palabras del catálogo para la exposición Yo soy una catedral. Pinturas de Guzmán Bofill, en la galería de arte de San Miguel del Padrón, Ciudad de la Habana, octubre de 1992.

¿Arpilleras?, ¿bordados?, ¿collages...? Nada de eso, no caigamos en la trampa. Son sólo pinturas, simplemente pinturas al óleo sobre tela. Pero nunca se podrá saber con certeza la revelación de su autor acerca de cómo las hace, porque -según dice a todos- es su secreto.

Y si de secretos se trata, Noel Guzmán tiene el suyo propio, aunque éste no sea precisamente el de «trenzar» los colores. Su secreto va más allá de las apariencias. Él mismo lo declara en uno de sus poemas: «Yo soy una catedral/ antigua que nadie sabe/ dónde escondieron la llave/ de mi puerta principal.»

Con la más franca y transparente de sus sonrisas, con un arsenal de fantasías y sueños al hombro, Noel Guzmán vive sumergido en un romanticismo poco frecuente entre los pintores llamados «primitivos»; porque él es un poeta, y no sólo porque escriba versos, sino porque vive (en) la poesía, la aplica a su vida diaria, piensa como un poeta y pinta imágenes de fabulosa fantasía, de las más originales que he conocido jamás.

Es un creador popular sui géneris, con una personalidad tan señalada y la dramática y soberbia fuerza expresiva que inquieta y sorprende inevitablemente. Basta, para comprobarlo, con ver sus obras, cuajadas de elementos dispuestos con un horror vacui inconcebible, de profundo simbolismo y mistificación, con motivos a veces desconcertantes y mixturados hasta la saciedad, dispuestos de manera que al final se convierten milagrosamente en un todo de pintura.

Y, si todo esto es así, ¿cómo será posible que no conozcamos mejor a Noel Guzmán? La respuesta es uno de esos casos incomprensibles que ocurren en nuestra plástica popular. Noel rebasa las centenarias fronteras remedianas, para erigirse -quizás ciertamente como «Una catedral»- dentro de nuestra plástica, como toda una singular figura. Y, si aceptáramos la profusión insólita y barroca de nuestro modo de ser (y hacer), el misterio insondable de esas catedrales, mitad verdad y mitad fantasía, que han simbolizado nuestras culturas, con su inherente dosis de enigma ancestral y su imponente presencia cotidiana, tal vez tendríamos que concluir que Noel Guzmán es, sin lugar a dudas, una de ellas -solemnes y espontáneas a la vez-, cuyo misterio está latente o indescifrable, pero vivo al fin entre nosotros.

Noel Guzmán Bofill Rojas: un ángel de la jiribilla  
Por: Orlando Hernández, La Habana, 1993.

No necesitaba Noel Guzmán Bofill ser primo-hermano de S.M. el Rey de España para demostrar su realeza. Ni haber recibido la bendición del Papa para probar su santidad. Ya había en él suficiente santidad y realeza. Santidad y realeza no otorgadas, sino innatas. Majestad natural. Y no sólo visible en lo que pinta, sino en la forma misma de su ser, en la total desenvoltura de su ser, en lo que dice y en cómo lo dice. Y en la manera de reír.

Noel Guzmán se ríe utilizando la mayor cantidad de dientes y encías que puedan caber en una risa. Aunque no sea del todo una risa festiva, ni alegre; sino una risa mucho más compleja, una risa humana, la risa de alguien que está vivo. Y esta vivacidad se ve, se oye en sus obras. Risa limpia y traviesa como la de los niños. Y también dolorosa, melancólica. Como dicen que son las risas del payaso. Como si se dejara todo al descubierto, de par en par, y uno no pudiera sin embargo llegar nunca al traspatio de esa risa para descubrir el secreto de lo que se hace y de cómo lo hace.

Conocí a Noel hace unos días, aunque ya había visto y admirado algunas de sus obras y las había escogido (junto al sobresaltado y eufórico Ramón Vázquez) para la Sala Permanente de Pintura Popular del museo. Obras impresionantes, fuera de lo normal, sin un sólo centímetro vacío, inexpressivo. Pintura solitaria, de ermitaño, sin deudas, la pintura de Noel tiene pocos, poquísimos parientes dentro de la llamada pintura popular cubana. Y pocos también dentro de la otra. Su exagerada originalidad lo convierte en uno de los grandes raros de nuestras artes plásticas. Grande y raro como pueden serlo Wifredo Lam, Benjamín Duarte Acosta León, Pedro Osés o Ramón Moya, salidos sabe Dios de dónde.

Pero conocerlo fue una revelación. Me pareció haber conocido personalmente a una fuerza natural, a una manga de viento, a un aguacero. Salí de su conversación como quien sale de la neblina, del humo, aturdido, confuso. En pocos minutos vi como hipnotizada con su verbocidad, con su inteligencia, con su imaginación, con su simpatía a un auditorio de investigadores y estudiosos del arte minutos antes adormilados por la luz fría y el encierro. Contemplé su poderosa e inagotable energía vital chocar ruidosamente contra los tabiques y el cielo de cartón de este local generalmente contaminado por silenciosos virus eruditos, oficinescos y en un instante descongestionar el olor de los parques, de las frutas, de los animales. Ponerlo todo a la intemperie, al revés, transformar el espacio, los rostros. Lo vi tocar a cada uno con sus manos, hablar

directamente, seducir, prolongarse, resplandecer. <sup>EN</sup>Que no aprendiera allí lo que es un creador, un artista -ese lugar de donde sale el arte y que es siempre superior y que es siempre muy superior al arte, a los objetos-, en vano fatigará sus párpados buscándolo en documentos y archivos. Noel es el arte en dos patas, como le hubiera gustado decir al gigante Feijóo. ¿No será Bofill un personaje escapado de una de las novelas de Samuel?

Toda la extrañísima belleza que hay en los cuadros de Noel sale de allí, de ese ser a la vez expresivo y enigmático llamado Noel Guzmán Bofill. Un místico y un pícaro. Su pintura está llena de él mismo, de sus amores, de sus fracasos, de sus correrías, de sus tristezas, de sus hambrunas, de sus trabajos, de su optimismo. Y está también llena de Cuba, de las cosas cubanas. De lo desconocido cubano. De lo invisible cubano.

Por eso mete la mano y saca lo que quiere. Una profecía de Ezequiel. Un héroe americano. Un chinito que conoció en Maisí. Un amor en Guantánamo. Una décima. Y los hilvana sobre una misma tela. Porque allí adentro todo está revuelto, como en esas gavetas donde uno va tirando cosas que parecen inservibles, inútiles, pero que por nada del mundo se decide a botar porque son parte de uno mismo. De estos minúsculos tesoros está repleto el corazón más o menos solitario de Noel Guzmán Bofill.

Puede pintar y leer lo que pinta como en un libro abierto. Y escribirlo después sobre un papel, transcribirlo. Describiendo e inventando lo que ve -lo que acaso sin él nunca habiéramos visto- pintando de nuevo con la voz, con el gesto, con la escritura. He presenciado con placer, con envidia, este extraordinario espectáculo y me ha parecido que Noel no es sólo un pintor, un poeta, un novelista, sino alguien dueño del lenguaje, de la comunicación total.

Nacido en la antigua villa de San Juan de los Remedios, Noel Guzmán Bofill muy bien pudiera ser alguno de aquellos ochocientos mil demonios que la invadieron a fines del siglo XVII. Pero un demonio bueno, de la luz, de la cración, de la belleza, y no de la destrucción y las tinieblas. Y no estoy tratando -Dios me libre- de colocarle a Noel dos alas de ángel, porque no lo es. O quizás sí, pero sería como aquel ángel nuestro de la jiribilla que descubrió Lezama, que es también diablillo de la ubicuidad, colibrí, llamas, ligereza.

Noel Guzmán Bofill: Cuba, San Juan de los Remedios del Cayo, Braque...

Por: José Seoane Gallo, revista Huella. Revista cultural del periódico Vanguardia, febrero, 1997.

Estas palabras fueron escritas para el catálogo de la exposición inaugurada el 12 de noviembre de 1996 en la Universidad Central de Las Villas.

Hace unos tres o cuatro años, después de ver la magnífica exposición de Noel Guzmán Bofill que se efectuó en el salón de la biblioteca provincial Martí -Santa Clara-, escribí al pintor una carta de felicitación en la que, sin habérmelo propuesto, hice una no muy aguda suerte de caracterización de la parte considerable que de su pintura conocía yo entonces. Leo ahora, en un borrador sin fecha de aquella carta, entre otras cosas, lo que sigue:

«tu estilo, provocador de una emoción sui géneris que te diferencia, al margen de las cualidades individuales, del resto de los pintores nuestros en general. Hay en tu obra, creo, un muy particular expresionismo -no el surrealismo inexplicable que otros han querido ver en ella-, una especie de expresionismo neutral o indiferente -sé que la denominación es paradójica- desde el punto de vista temático y hasta desde el técnico, pues no parece depender del tema elegido y nada, muy poco a poco de los recursos de que te vales, lo mismo si los usas todos a la vez como si refuerzas o abandonas algunos o alguno de ellos. Planteas, dada esta cualidad, una interrogante del mayor interés, que en su momento alguien tratará de responder. Así, la temática que te motiva -sorpresivamente, los asuntos más apropiados a la tendencia te originan a veces menos expresionismo: la historia de Cuba y en particular la de tu Remedios natal, la religión que adora a Jesucristo y la de los yorubas, las leyendas remedianas divulgadas o no fuera de tu pueblo, el paisaje insular, la mujer, el erotismo, cuestiones personales...; el colorido -ocasionalmente gratuito en apariencia, sobrio, normal, sombrío, brillante o exaltado, según la obra que se juzgue, pero siempre en función, siquiera elemental, con lo que quieres comunicar; el peculiar dibujo descuidado y deformador, moderado y violento, en general grueso, reforzado por el «hallazgo» que has querido llamar cadeneta; la composición, tantas veces directa -sin dibujo o boceto previo, quiero decir, que te obliga, por acortamiento o alargamiento, aumento o disminución, abundancia o carencia, a virulentas posiciones, formas y tamaños de tus figuras; la textura, lisa o cremosa, en dependencia del grano o tejido del soporte -desde el lienzo más fino hasta el yute más basto-, de las arrugas de este -porque lo recortas de cualquier modo y no sueles usar bastidor-; de la utilización más o menos amplia de la cadeneta y de otras maneras de aplicar la pincelada... Tengo que recordar aquí cuan

interesante es el irregular diafragma formado por el área cefidora que dejas sin pintar, cuyo origen está en la falta de materiales que sufriste en tus inicios..., natural diafragma (con los extremos visibles del dibujo - cuando lo hay- y manchas puramente accidentales -producto del descuido-) que es, en definitiva, tan parte de la obra como la superficie pintada...

Si uno toma en cuenta todos los elementos con que laboras, además de los que te mencioné, y lo consigo gracias a ellos -te juzgo teniendo en mente a los demás pintores cubanos que en cualquier sentido pueden considerarse expresionistas-, ve que tu trabajo artístico se resuelve en un sorprendido -no ha sido buscado- expresionismo lírico y optimista, pues tiene algo de saltarín y cantarín, pero sin rastro alguno de caricatura, y no se percibe nada torturado o morboso en él, ni siquiera cuando el tema es propicio...

A este especial expresionismo, que se muestra siempre en variable medida atenuado -una de las constantes más obvias-, del cual he señalado solamente los aspectos técnicos y la temática, han contribuido, naturalmente, factores sociales y personales -en tu caso también marcados por lo social: las dificultades -no son pocas- económicas, laborales, judiciales, culturales, morales, raciales, psíquicas, familiares, religiosas, amorosas..., que has padecido a lo largo de tu vida, se reflejan muy indirectamente, de un modo secundario en tu obra porque has tenido, sin quererlo, cierto olfato natural para ocultarlas; tu mulatez, tal vez porque está muy diluida -eres, según denominación muy usada antaño en santa Clara, un mulato lavado; bastante lavado, diría cualquiera-, no te ha sensibilizado en profundidad y amplitud porque no sientes que tus raíces o parte de ellas están -todavía existe racismo, aunque solapado- y estuvieron oprimidas; luchas a brazo partido con las contrariedades sociales y personales que se te presentan porque eres un hombre que tiene fe en la vida y la amas y deseas disfrutarla plenamente...

Ahora, ante el formidable conjunto de pequeños cuadros que expone la Universidad central Marta Abreu, observo que las características que noté hace pocos años en la obra de Noel, lógicamente, han evolucionado, y lo han hecho rectamente, esto es, sin zigzaguear. De esta evolución, lo más señalado es que el expresionismo se mantiene, pero en continuada moderación y, por fortuna, no tiene nada de descarga personal, pese a que el artista ha trabajado en condiciones realmente adversas. Quizá por todo esto se siente en algunas piezas una fuerza emotiva elevada, aunque contenida. El colorido, que aveces sigue pareciendo gratuito, es menos discordante, se ha ajustado un poco más al tema o vale por sí mismo -en ciertas telas es en verdad saturado y brillante-, y el dibujo se ha hecho menos deformador, todo lo cual, desde luego, contribuye a restar acento al expresionismo, pero no a la expresividad. La composición, en cambio, se presenta como antes, más o menos improvisada a partir de la colocación de una o dos figuras iniciales, de modo que el contorno y el tamaño de las demás se ven obligados a adaptarse, como fatalidad, a la superficie que les queda disponible. Este recurso, como los otros de Noel, es consecuencia de que él carece de formación académica, en otras palabras: sus recursos han surgido espontáneamente como consecuencia de su falta de instrucción académica, lo cual es común en los primitivos y en algunos que no lo son.

Puede verse en excelentes obras -quizás las mejores- de esta muestra universitaria, que en Bofill se da con mucha frecuencia una cualidad no ordinaria - extraordinaria-, cualidad que yo solamente mencionaba en mi carta: con elementos más propios de la ilustración, logra pinturas, no ilustraciones. Cuando uno estudia los recursos con los que él realiza una tela donde lo dicho se presenta, viene a darse cuenta de que la composición está realmente elaborada con ciertas figuras y -caso de excepción en la pintura cubana- inscripciones (cuando en una tela hay más de una cada cual tiene su propio color), de tanto interés como las figuras, y como las fundamentales de estas, en cadeneta: nombres de personas, animales u objetos cualesquiera, de países, de ciudades, fechas, versos... Figuras e inscripciones se completan en lo plástico y en lo temático, y ambas son obligadas a ajustarse apretadamente -esto es, de manera forzada- a la superficie que les toca ocupar. Unas, sin las otras, valdrían poco desde los puntos de vista pictórico y temático, pues se trata de composiciones extrañas como en juego espontáneo y veloz en verdad tramadas (tramar: atravesar los hilos de la trampa por entre los de la urdimbre para tejer alguna tela)... Es necesario, creo, añadir algo en cuanto al tema para señalar otra cualidad de Bofill de la cual él puede estar tan poco consciente como de sus otros recursos: unas cuantas figuras e inscripciones, a pesar de los nombres, fechas y otros datos contenidos en ellas, aluden -o simplemente sitúan- al tema, que puede ser desconocido o no recordado por el observador: un episodio de la historia de Cuba o de su Remedios natal, un asunto puramente personal..., tema del que normalmente no ofrece el artista un momento culminante o un acto de importancia, sino algo así como una información general a datos aislados. El objetivo del acto creador, inicialmente no preciso en la intención del pintor ni notado por este una vez terminada la obra- de esto estoy seguro-, parece que es, pues, ubicar en la mente de quien la ve solamente unas cuantas ideas sobre un tema determinado. Uno encuentra,

entonces, una curiosa parcialidad no buscada por el pintor- él supone que ha puesto en su cuadro todo lo necesario... pero sucede que unas ideas pueden originar otras, de cualquier naturaleza... y si bien las figuras e inscripciones son o pueden ser insuficientes- aun cuando su título sea explícito- para aprehender temáticamente la obra, son en cambio más que suficientes para comprenderla pictóricamente, para entenderla como pintura. Me pregunto, guardando la indispensable distancia entre el genial pintor malagueño y el remediano, si para aprender- o entender o apreciar o valorar- como pintura el inacabado -¿inacabado?- cuadro hoy conocido universalmente bajo un incompleto -¿incompleto?- título, Las señoritas de Avignon, es necesario conocer la anécdota sobre las marineros, las prostitutas y el burdel de la calle de Avignon, anécdota, historia o asunto que lo originó en la mente de Picasso... y en sus manos.

La mayor parte de las obras aquí reunidas tiene como asunto la historia o el paisaje de Cuba, y un buen número de ellas a su querido, y hasta hoy inseparable de su condición de hombre y artista, San Juan de los Remedios del Cayo. Casi todos los remedianos que he conocido comparten una misma afanosa preocupación en más de un punto justificada: interesarlo a uno en cuanto atañe -tanto lo importante como la bagatela- a su terruño. Es muy posible que ese haya sido, temáticamente, el objetivo de estos cuadros de Noel... Pero cualquiera que fuese la intención del pintor en cuanto a lo significativo y lo ilustrativo o descriptivo, las que tiene a Remedios como tema son unas muy personales viñetas remedianas de gran fuerza plástica y emotiva. Viñetas, en el sentido más amplio de la palabra, en cuanto a lo informativo -ilustrativo, pero son pinturas en la plena significación del término.

Incluye esta exposición un inesperado, curioso y relativamente numeroso grupo de obras pintadas como homenaje de Bofill al Braque fauve y al cubista. Puedo anotar aquí, sin temor, que Noel no sabe lo que es fauvismo ni lo que es cubismo...pero, también sin temor voy a preguntar: ¿le hace falta saberlo? Un amigo me dijo, al ver lo que calificó de «copias malas, demasiado ingenuas», que fueron «hechas por alguien que no entiende a Braque». Se trata, es verdad, de copias de reproducciones de cuadros del conocido artista francés, por lo cierto es que ya están facturadas a la manera del cubano. Yo no pienso, pues, igual que mi amigo: veo en esas obras un homenaje delicioso e inocente -más inocencia que ingenuidad-, a pesar de la malicia que en cualquier sentido, como ser humano que es, hay en Noel... Lo que puede verse en estas pequeñas telas es su modo de entender a Braque, y para entenderlo plásticamente así no hace falta conocer movimientos artísticos a los que estuvo asociada la modesta persona del gran pintor francés...

Un catálogo es una publicación que, hay que decirlo, tiene en Santa Clara una esquivada e ingrata vida efímera, una existencia lastimosa e inútil porque nadie la aprecia... Cedo entonces el paso al espectador para que, con la sensibilidad y la apertura intelectual que posee, dejando de lado mis especulaciones para este catálogo, aprecie esta exhibición en lo que mucho vale, pues Noel Guazmán Bofill es hoy, con sus aciertos y sus caídas, uno de los mejores pintores de Cuba. Y creo que, en el caso de Noel, acertar consiste en alcanzar una suerte de particularísima concordancia de apariencia causal, un singular equilibrio inestable -como de algo que ha aparecido de modo inesperado para ser capturado por sorpresa y con violencia -entre el tema elegido, los recursos cuyo empleo se le ocurre al artista y la intervención de azar mediante el «arrebato» que necesita para crear -él confiesa que pinta «en estado de arrebato»; con la indispensable proporción de lucidez, añado yo-. Excepto la elección -cuando lo es- del tema o motivo -puede serle sugerido o solicitado-, la cadenetá y la colocación -con o sin dibujo a lápiz, a manera del boceto visible, en la tela -de la primera o primeras figuras- lo demás es intuitivo, brota involuntariamente «en estado de arrebato»...

¿En qué consiste el carácter nacional de la pintura de Bofill?, me preguntó alguien cuando ya había llegado al final del párrafo inmediato anterior. La pregunta no es, en realidad, difícil de responder, pero con cuidado, pues puede conducir a la anotación de unos cuantos lugares comunes que se presentan para decirlo de muchos pintores cubanos, primitivos o no. Intenté, por consiguiente, proceder de la manera más concerniente al caso.

El aspecto temático es exterior, y lo cubano es obvio. Casi todo -personas, animales, vegetación, edificaciones, inscripciones... -se refiere al paisaje o a la historia de Cuba; cuando se trata de un asunto personal, hay animales y plantas del país, elementos afrocubanos... Desde un punto de vista más interiorizado de observación, figuras e inscripciones o las primeras sin las segundas suelen conjugarse -ubicarse, ser compuestas - de un modo improvisado, saltarín, descuidado, pero con una gracia que uno siente inevitable y desamparada en su parsimonia, modo que, parece que no hay que decirlo, resulta muy cubano. El dibujo, la composición y la textura se combinan como jugando peligrosa y descarnadamente a la intemperie para producir un abigarrado pero -si se mira bien- limpio efecto de exterior y cálida trama que esporádicamente puede parecer barroca pero normalmente no lo es -a pesar de cierto horror vacui-, efecto

curioso, sensual y misterioso que tiene su cuota de exteriorizados, irreflexivos y extraños -indiferenciados: térreos y humanos, seminales y vaginales -efluvios de húmedas entrañas, a los que no hay más remedio que denominar tropicales, sino cubanos. Clara y volátil pero constantemente renovada humedad íntima extraída a la superficie, no mediante una labor consciente sino, «arrebato» momentáneamente aparte, a consecuencia del personal e inventado -nada debe a enseñanza o instrucción inducida- modo de dibujar, componer, colorear... Una comparación -dos versiones-; telúrica, fluyente, «palpable», directa humedad vegetal que todo los traspasa hacia el interior, en Matamoros; sutil humedad erótica indirecta que brota desde el interior para depositar su externa pátina, en Bofill...

Permita el visitante que me retire. Abandone, al fin, mis palabras. Tiene ante sí el lenguaje pictórico de Noel, lenguaje que, por mucho que se lo pretenda acotar -limitar; ¿acaso yo he hecho otra cosa?, es enjundioso, riquísimo, y admite, por consiguiente, las más variadas lecturas...

Imágenes de Bofill

Por: Cintio Vitier, 21 de febrero de 1997.

Mirando esta colección de pequeños óleos de Bofill, que parecen venir a nosotros con sus figuras hieráticas y sus colores absolutos desde la implacable ternura de un laminario infantil, comprendemos que el arte de los vitrales que Claudel llamó Biblia de la luz empezó en los ejercicios de la pintura rupestre. Cuando la linterna del arqueólogo iluminaba la gruta pintada nacía un museo inesperado que iba volando a cantar en el centelleante coro de Notre-Dame y Chartres. Lo subterráneo y el coro alzado en la luz están juntos en el corazón del hombre. Las miniaturas de Bofill se repasan y leen como las páginas del Libro Sagrado de la Pasión convertidas en el cuaderno escolar de unas eternas vacaciones. No tenemos los toros y antílopes ilustres de la academia de la piedra, no tenemos los rosetones de fuego y sombra de la piedra alzada en Notre-Dame y Chartres, pero tenemos las pictografías astronómicas de Punta del Este, las pinturas legendarias de Portocarrero y Mariano en la iglesita de Bauta del padre Gaztelu y estas telas, retazos del dolor y de la gloria que la sabiduría inocente de Bofill nos ha comprado en la feria de los pobres.

Palabras del escritor Cintio Vitier

Bofill:

Creo que el mejor verso que has escrito, e incluso tu mejor poema, es el insuperable título de tu cuaderno: «El pobre dueño de un humilde traje». Me alegra pensar que vestido con esa magnífica, almada ropa, has de seguir pintando las letras de colores que no puedes, que no se pueden escribir. La pintura es la poesía que te pertenece. Ella es tu humilde traje único, en ella está el destino de tu inocente pobreza.

Así lo siente y así te lo dice de corazón tu amigo en este oficio imposible:

Cintio Vitier

16 de marzo del 2001.

Palabras de Eusebio Leal Spengler (Historiador de La Habana)

Ante la obra de Bofill, resurge la esperanza que nos regala como prenda preciosa lo ingenuo, que no quiere decir ?ni mucho menos— simple, aunque habría, finalmente, que arropar esta palabra que, en modo alguno, supone algo baladí. Una nobleza entrañable ha cobrado forma sobre telas y papeles pintados, a ello se incorpora todo cuanto el virtuoso maestrillo ha querido agregarle, casi como ex-voto a sus creaciones. Va de calle en calle con el morral al hombro que es un arca divina de sorpresas que aprecia tanto, que las tiene como parte de su cuerpo y como un don de su alma.

Ternura, nos ha dicho Cintio, con razón y certeza, porque hay que dejar un espacio asegurado para los hombres buenos que nos muestran la flor sin ocultar la espina.

Bofill, un close-up para el tiempo

Por: Pedro Llanes (escritor). A propósito de la exposición Retratos de Jaquelin, «La pelusa», Centro Provincial de Patrimonio Cultural, Santa Clara, Villa Clara.

Los óleos sobre cartón de Retrato para Jaquelin, la nueva urdimbre de trabajos de Noel Guzmán Bofill, dan con su fuerza superpuesta con doble accionar del sujeto y lo intrínseco de la transcurrancia. Haber existido supone que existamos dentro de cierto dolor. Toda sucesión cronológica nos pone frente a una circunstancia similar y es eleática y fatalmente compartimentada, Bofill ha reunido con maestría los diferentes rostros del tiempo representado en la mujer elegida para mostrarnos la enérgica complementariedad de sus colores enturbiados y el don combinatorio y sus arquetipos. Jaquelin puede resultar intensa, dubitativa, frágil o ganada por la pesadumbre alta y patética, como salida de una extraña jardinería. Los colores amarillo-carmelitoso y los rojos y azules puros con otras variedades de amarillo organizan la promoción de un haber sido y el hilo de Ariadna de los iconos, pero de los iconos como sustrayentes de la incineración temporal. El espacio construido viene a ser un agregado de la inexistencia resuelto a través de sus designaciones icónicas. El rostro de la mujer y el Eros subyacente, una sensación sustitutiva de lo simbólico. El resultado visual cae en lo sorprendente, lo que pudiera ser empastado por la tautología deviene en una habilidad abrumadora para los arquetipos. Los paletazos donde se resuelven los amarillos recuerdan al Van Gogh del período convulso y los facies de Jaquelin una cojunción asonantada, patética y con contractura de sobre-efectos. El artista plástico villaclareño se vuelve a presentar ensimismado, lleno de fervor y con sus poses cromáticas favoritas, lo que después de todo era de esperar. El dominio tradicional del arte naif, de los primeros planos se exhibe no sin narcisismo en los close-up de los trabajos de formato minuto. Bofill enarbola los sucesivos rostros de la amada y se hace retratista de la multiplicidad del tiempo. La resultante queda ejecutada en una sonata multicolor que abre su espiral a la piedra y la flor del atardecer. En Retratos para Jaquelin hay más: cuando el rostro tormentoso de la mujer se aleja del epicentro, entonces aparecen los güijes, las insinuaciones sincréticas, los símbolos cristianos, los muertos, según un folclor muy idealizado y la armonía con sus figuras chillonas y alargadas, el artista ha renunciado al concepto del leif-motiv para dejarse ganar por el mundo encantado de la gente común. Cuando se verifica la transición a lo popular su arte parece como si se simplificara, corriéndose hacia lo fastuoso y no excepto de pintoresquismo. Ha asimilado de manera inteligible el breviario de «duración» y contractura del arte europeo de más de un siglo y sus muestras paradigmáticas son bellas y brutas, de acuerdo con un modelo de maestros en que figuran Toulouse, Van Gogh, Picasso o Gauguin, convencionalizados a los semas de su propia pauta. Bofill quiso escoger para su exposición obras de Ruperto Jay Matamoros, la argentina Silvina Miraflores, Mirito y el fallecido Gilberto de la Nuez, de los que hubiera podido prescindir. Retratos para Jaquelin es de por sí una verdadera gestión visual. No dudemos que sus múltiples ojos aterciopelados nos seguirán descubriendo el canto de lo profundo.